El Tlaxcalteca Alotl

Soy el sacerdote del pueblo Tlaxcalteca, a menudo los guerreros y distintas personas me frecuentan para brindarles o reforzar distintos tipos de cualidades como son: la fuerza, inteligencia, coraje y sobre todo valentía al momento de salir en busca de alimento para poder defendernos, ya que desde hace tiempo estamos en guerra con el pueblo de Tenochtitlan. Varios de los guerreros águila matan a nuestros exploradores y les roban el alimento.

Mi trabajo es defenderlos desde lejos, pero la mayoría de veces resulta en vano ya que cientos de nuestros hombres pierden la vida en batalla, pero algo que sabemos es no rendirnos y luchar hasta el final. Nuestro pueblo ha ido disminuyendo día con día, los guerreros águila no aún no satisfechos de matar a nuestra tribu, roban a nuestras mujeres para llevar a cabo la realización de sus sacrificios en honor a su Dios y de no ser así para su reproducción humana.

Me siento un inútil e impotente al no poder hacer más por mi pueblo, pero tengo la maravillosa y privilegiada suerte de contar con mi amada Xitlali una mujer hermosa y de un gran corazón, quien me ayuda a levantarme cada que tropiezo, ella me ayuda a seguir adelante cada vez que siento que todo esto está perdido, me siento feliz de tener una mujer así en mi vida.

Una mañana al ver salir a Xitlali le pregunté

-Adonde es que vas Xitlali-

-Iré a buscar un par de frutos dulces- me respondió sonriente.

A lo que yo le conteste:

-Yo iré contigo no dejaré que vallas sola-

En esos momentos llegó un cansado y exhausto joven, encargado de vigilar el perímetro, con el poco aliento que tenía me dijo

- Señor Alotl nuestros hombres están en batalla con los guerreros águila, son pocos pero necesitamos que nos guíe-

-Tienes que ayudar- exclamó Xitlali yo me quedare aquí esperando tu regreso.

-Está bien vamos- respondí rápidamente y corrí hacia donde el joven me llevaba. Al llegar al enfrentamiento nuestros guerreros habían podido ahuyentar a los guerreros águila, de regreso a la tribu note que nuestro pueblo había sido saqueado, -Los águilas- grito una anciana, ellos vinieron y se llevaron nuestras provisiones.

Sentí algo en mi pecho, un fuerte presentimiento de algo terrible y en ese momento sin dudarlo corrí hacia mi choza, al llegar pude observar que no sólo habían saqueado mi hogar, sino que también le habían arrebatado la vida a mi amada Xitlali. En ese momento al tener a Xitlali entre mis brazos, no pude contener mi llanto y grite porque me habían quitado al ser que me daba fuerza para seguir viviendo día con día, el mundo se me nubló, mi sed de venganza creció, esa sed de alimentar las sombras con sangre del pueblo de Tenochtitlan.

En ese momento escuche una voz, tenía un tono muy tenebroso hablándome, al seguir la voz me di cuenta que me estaba llevando a las catacumbas de nuestros guerreros caídos en batalla. Llegue al fondo de las catacumbas y observe el escrito del Dios de la muerte Mictlantecuhtli, un escrito prohibido para nuestro pueblo, esa voz me decía que era hora de vengar a los míos, ¡yo como un sacerdote y líder del pueblo tlaxcalteca atacare de la misma manera que lo hacia el dios de muerte!.

Tome el escrito y subí a la superficie, con mi corazón lleno de dolor. Inicie con el conjuro para comenzar la maldición de los muertos. Uno tras otro los guerreros caídos de nuestro pueblo brotaban de la tierra, con el único deseo y objetivo de matar al pueblo de Tenochtitlán.

Poco a poco nuestro ejército de muertos se iba acercando, matar a todo ser vivo de este pueblo ordene. Los guerreros águila no podrían contra lo ya muerto y lo mejor era que no se esperaban este gran ataque, estaban con la guardia baja, simplemente era una batalla ganada.

Al estar ante la tumba del Dios de la muerte, este no sólo me reveló el conjuro para acabar con los guerreros águila sino que también me indicó quien había sido el asesino de Xitlali, era ese hombre aquel que nunca nos dejaba en paz el jefe Tlacaelel, ese inhumano fue quien le arrebató la vida a Xitlali. El jefe azteca Intento escapar, pero más de 5 lanzas lograron atravesar su corazón, pronto la gran Tenochtitlán caería ante nosotros los tlaxcaltecas. En ese momento levante la mirada hacia el cielo y pude percatarme como la oscuridad empezó a desvanecerse y un hombre gigante envuelto en llamas comenzó a bajar, no había duda era el Dios fuego.

Al tocar el suelo nuestros guerreros se convertían en cenizas logrando así terminar con todos, yo escape hacia mi pueblo llevándome a los sobrevivientes a un lugar más lejano, y lo único que me queda claro es que volveré a invadir Tenochtitlán y esta vez ni el Dios fuego podrá ganar.